

ORDENADORES Y TEATRO EN LAS AULAS

Vicente Adelantado Soriano

I

A veces, ante la perplejidad que producen ciertas situaciones, cabe preguntarse si todos los inventos que se han hecho en este mundo no sirven sino para acentuar la terrible tendencia del hombre hacia la inercia, la estupidez, el egoísmo y la ley del mínimo esfuerzo. Es esta ley una inclinación bastante generalizada, aunque tampoco se puede negar que siempre hay una minoría que va por delante, con afán e inquietudes, trabajando e investigando. No supone esto que esa minoría, inquieta, crítica, rijan los destinos de la mayoría, o reciba, salvo en contadas ocasiones, el agradecimiento del resto de los humanos. El hombre sólo alaba a su igual, y, de vez en cuando, erige monumentos, que no suponen nada, a quien creen se deben erigir para que las palomas tengan sus pequeñas distracciones.

Hay personas que son contrarias a las maquinarias, a los inventos y a las innovaciones. Sabido es que, antes, el pan se amasaba a mano. También las máquinas, por supuesto, llegaron a los hornos o panaderías. La noche que, en uno de ellos, pusieron una máquina potente capaz ella sola de mezclar la harina con el agua, la sal y la levadura, hubo operarios que se negaron a trabajar. Constituía para estos trabajadores una degradación. La máquina, dijeron, jamás mezclaría esos elementos base con la dedicación y el cariño con que lo hacían sus brazos. Hoy a nadie se le ocurre amasar a mano. Y no son estas generaciones más felices que las anteriores.

Hay también un famoso libro de la literatura española que constituye, al menos en uno de sus capítulos, un canto y alabanza al bolígrafo, a la pluma y al lápiz en detrimento de la máquina de escribir -cuando se escribió dicho libro todavía no existían los ordenadores-. Gracias al bolígrafo, dice su autor, el receptor de una carta recibe una información adicional y muy importante: si éste ha sido apretado con rabia, si las líneas tienen tendencia a irse hacia arriba o hacia abajo, si la carta está escrita con

esmero o no. Por el contrario, con la máquina de escribir se pierde toda esta información adicional. No digamos nada con los ordenadores.

Pese a su autor, Pedro Salinas, y a su libro, *El defensor*, pocas personas de hoy en día escriben cartas, y menos a mano. Además, antiguamente existían los escribanos, quienes redactaban cartas para aquellas personas que no sabían escribir. Podrían ser tan impersonales como la sufrida máquina de escribir.

Hoy, que todo el mundo domina la ciencia de la escritura, casi nadie la utiliza. Como mucho, y sobre todo en fechas señaladas, envían, por Internet, cualquier paquete de fotografías que circula por la red a la que apenas si se añade un mustio "felicidades". Si se recurre a algo más convencional, también se pueden comprar postales, ya escritas, para todo tipo de ocasiones: bodas, bautizos, comuniones, cumpleaños... La cuestión, como hemos dicho antes, es la ley del mínimo esfuerzo. Ley que abarca a todos los órdenes de la vida. Hasta los más cruciales e importantes.

II

No vamos a negar, por supuesto, la importancia que han tenido y tienen los ordenadores. Son una herramienta poderosa para obtener información sobre cualquier asunto sin tener que desplazarse de casa. Pero, como todo, hay que saber usarlo. Y será el buen o mal uso quien determinará la bondad del invento.

Ya no hay, o es raro que lo haya, colegio ni instituto que no cuente con su correspondiente sala de ordenadores como antaño contaba con su biblioteca. El ordenador ha pasado a simbolizar el progreso. Hasta en las escuelas rurales tiene que haber uno como mínimo. A fin de evitar su atraso. Sí, todo esto está muy bien. Pero enseguida salta la pregunta tonta: ¿para qué quiere un alumno de secundaria un ordenador? ¿Qué utilidad le puede sacar dicho alumno? Visto el fracaso escolar, las terribles faltas de ortografía, y la pobreza de vocabulario, ¿no sería mejor que se le hubiera fomentado la afición a la lectura? Es posible que sí; pero esto supone un profesor vocacional, una continua renovación por parte de éste, una biblioteca, hacer trabajos, tomarse la libertad de pasar hojas y hojas, buscar palabras en el diccionario, y, tal vez, hacer un resumen. Ante tal cúmulo de tareas es mejor, desde luego, conectar un ordenador, ponerlo delante del alumno, y contemplar cuán al día está la escuela o el instituto ya que cuenta con los últimos adelantos de la ciencia. Lo malo es que el alumno no sabe qué hacer con dicho ordenador, y termina haciendo lo previsible: jugando.

El juego también es muy importante en la educación de una persona. Y ha sido determinante en nuestra sociedad. Una sociedad un tanto absurda en algunos aspectos. Muy dada a hacer taxonomías, que luego califica como buenas unas y malas otras. El juego sería una parte importante, pero que viene tras el trabajo, el esfuerzo. Y nada o muy poco tiene que ver con la educación. Ahí reside el error.

A veces, ante el fracaso de un alumno, se han oído opiniones tan peregrinas como que el profesor no sabe motivarlo, o que sus clases no son nada lúdicas o divertidas. Está claro que hay materias, o partes de una materia, que no son nada lúdicas o divertidas, y que hay

que conocer por mucho que nos disguste. El alumno, por supuesto, se tiene que esforzar. Y también está claro que hay otras partes y materias que se prestan más al carácter lúdico, que atraen más a los alumnos, y que se deberían intensificar pues pueden ser el auxiliar perfecto para otros logros o metas.

No deja de ser curioso, al respecto, que haya desaparecido el estudio del latín y del griego, y que a los alumnos les atraiga mucho la etimología de las palabras, la historia clásica, y no digamos nada, la mitología. Hablar de mitos en una clase es crear pura expectación por parte de todos los alumnos. Tanta que, estupefacto, el profesor se pregunta de qué forma se puede aprovechar esta atracción para lograr que los alumnos estudien y trabajen. Gracias a ese interés, y no es poco, entenderán luego una gran parte de la poesía renacentista. Pero quedarse ahí es limitarse en exceso. Hay que ir un poco más lejos. Por lo tanto se debe continuar la búsqueda. Sí, sin olvidar la parte lúdica.

III

Por esa natural tendencia del hombre a la ley del mínimo esfuerzo, el alumno con ordenador no tarda en descubrir que hay una página llamada el Rincón del Vago. Con su potente ordenador accede a ella, y ya no tiene que preocuparse por hacer resúmenes o trabajos: los tiene resueltos en esa página. Así que el profesor que quiera poner algún trabajo sobre cualquier autor clásico o no, deberá, antes, visitar dicho Rincón a menos que desee convertirse en el hazmerreír del aula.

Todas las cosas llevadas a su extremo se convierten en absurdas. Y la ley del mínimo esfuerzo al final se transforma en negar todo aquello que impide no hacer nada. De esta forma los alumnos se autoengañan y niegan hasta la posibilidad de que el profesor pueda acceder a esa página, o la conozca mejor que ellos. Por otra parte, alumnos que no saben resumir su paseo por un teatro romano, presentan resúmenes bastante bien hechos, con gran capacidad de síntesis, de libros de lectura de los que desconocen hasta el título. Y no sólo lo presenta un alumno, sino varios. Todos coinciden tanto en las palabras escogidas como en las acciones seleccionadas. El ordenador, pues, se ha transformado en un verdadero fraude.

La excusa que ponen los alumnos muchas veces es que el libro exigido no les gusta, les aburre, y, en consecuencia, han tirado mano de una solución extrema.

Habría que comenzar por explicarles que la cultura, como el deporte, y todo en esta vida, exige un esfuerzo. No se corre el maratón sin entrenarse. Y entrenarse es ir poco a poco hacia una meta. Teóricamente eso lo tienen claro. Pero la dificultad está en dar el primer paso, en lanzarse a una aventura que, en principio, no les atrae mucho porque, no lo olvidemos, muchas cosas de las que se explican en el aula están bastante alejadas del mundo real. Y las absurdas explicaciones a menudo todavía las alejan más.

¿Qué importancia tiene, por ejemplo, saber o no saber qué es un adjetivo calificativo? ¿Para qué distinguir el objeto directo del indirecto? Y lo que es más grave, ¿por qué penalizar las faltas de ortografía cuando ellos se

entienden perfectamente bien con su galimatías del móvil, o cuando en los periódicos se publican comentarios a las noticias con una ortografía que es un insulto a las buenas maneras? Si, además, un periodista no se preocupa por la lengua, y dice que "el bombardeo se *escuchaba* desde el hotel", que la noticia "la ha recogido a *nivel de playa*", que "los ciclistas iban a *cincuenta a la hora*", etc, etc., ¿por qué se les tiene que suspender a ellos porque escriban "*descampao*" o "mi primo a *venido*"?

Al final entre todos logramos lo que no debía ser: el colegio, el instituto, es el lugar de las manías, donde las cosas hay que hacerlas de determinada forma porque en caso contrario te suspenden; luego, cuando terminemos los estudios, ya haremos lo que nos dé la gana. Desde ese punto de vista, la escuela es otro fracaso: no ha sabido imprimir el gusto por el trabajo bien hecho.

IV

Varias y repetidas veces se ha dicho que la sociedad ha cambiado mucho en tanto que la escuela continua anclada en sus viejos métodos, y que estos también deberían cambiar. Es cierto. Pero no es solamente la escuela quien debe hacerlo. Igualmente están obligados a ello los periodistas, las televisiones y algunos que otros organismos, los padres, las asociaciones de padres, y la sociedad en general. Pues muchas veces los cambios no son sino meras apariencias; y no todos los cambios, por otra parte, son positivos.

Demasiado complicado, demasiado cambio y excesiva tarea, así que, para evitar trabajo, entendemos por cambio adaptarse a las nuevas tendencias o tecnologías. Es decir, un buen cambio en la escuela sería utilizar diapositivas, cintas de vídeo, compactos, y, por supuesto, muchos ordenadores. ¿Para qué? Sí, para apreciar cosas que no están a nuestro alcance; pero es absurdo, por ejemplo, estar viendo diapositivas de los monumentos que se tienen en la misma ciudad. Nada mejor, por lo tanto, que recurrir al viejo sistema peripatético: a mostrar en vivo y en directo aquello de lo que hablan los libros. Así los alumnos podrán comprobar, por ellos mismos, cuánta diferencia hay entre el falso y necio nacionalismo de algunos libros de texto y la cruda realidad. Podrán ver, en efecto, que la vieja muralla medieval de alguna que otra ciudad está en total estado de ruina y abandono, hasta con árboles en sus almenas, en tanto los gobernantes derrochan los millones en un circo para que corran las cuadrigas. Con el beneplácito del pueblo, por supuesto. Es una buena forma de despertarles el sentido crítico.

También sería conveniente que fueran a museos y a ver obras de teatro. Lo cual requiere, en un principio, que los teatros y los museos abran en horario escolar. Y se hagan buenas obras. Es triste comprobar, una y otra vez, que actores y directores entienden que hacer obras para alumnos es hacer necedades mil, descontextualizar las obras innecesariamente y no lograr nada de cuanto se habían propuesto, si es que se habían propuesto algo. Una vez más nos volvemos a encontrar con la indolencia, el

trabajo mal hecho, la ley del mínimo esfuerzo. Pues que un alumno llegue a entender una obra de Lope de Vega supone explicaciones en clase, lecturas de versos y obras, estudio de la época, y no meter a cualquier cantante de moda en medio de una obra del siglo XVII. Es patético. Y los primeros defraudados son los chicos, que esperan capas, espadas, sombreros, miriñaques. Y, por el contrario, se encuentran lo mismo que ven ellos todos los días, y encima los personajes hablan de una forma que no se corresponde con ninguna realidad, ni con la de ellos ni con la de Lope de Vega.

El teatro escolar es para huir de él como de la peste. Ahora bien, eso no quiere decir que los alumnos no disfruten con el teatro. Lo han hecho; pero ha sido con el teatro no escolar que han tenido la suerte de poder ver. Por supuesto nunca en horario de clases. Y es una pena, una verdadera pena, que la Compañía Nacional de Teatro Clásico haya hecho un maravilloso montaje de *Las bizzarrías de Belisa*, y haya pasado por estas tierras como una exhalación. Nadie se ha planteado que tan genial montaje deberían verlo los alumnos. Casi de forma obligatoria. Pero ni han visto *Las bizzarrías...* ni a ningún clásico. Sencillamente porque no se montan. Películas americanas de poco fuste y necios diálogos ven todas las que quieren. Y eso ya no le corresponde a la escuela sino a padres y empresas. Por lo tanto, preguntémosnos cómo y para qué queremos educar. Todos sabemos que es esta una sociedad que sí, ha cambiado mucho, pero que es muy hipócrita. La respuesta a la pregunta, en la inmensa mayoría de los casos, no es sino una burda mentira.

V

No deja de resultar curioso, por otra parte, que en esta era de los ordenadores, de los discos compactos y de la play, los alumnos, en clase, se motiven, estudien y participen cuando se habla de montar una obra de teatro de los cual son ellos los protagonistas. No es una cosa nueva: sabido es que en la Edad Media, a fin de hacer que los alumnos estudiaran latín, se montaban obras en esta lengua. Y que los jesuitas lo utilizaron mucho en sus colegios con fines didácticos. Y más conocido es todavía que los griegos usaban el teatro para educar a la juventud. De ahí que jamás se vea ninguna escena de violencia en ninguna tragedia griega. Parecido al cine que ven a cualquier hora del día lo jóvenes de hoy, bien sea en casa o en cualquier centro de ocio. Hasta ejecuciones televisadas han visto.

Para hacer más modernas las clases, adaptadas al cambiante mundo de hoy, no hace falta un inútil ordenador. Basta, muchas veces, con hacer colaborar a los alumnos. Bien sea llevándolos a los lugares históricos: teatros romanos, catedrales, monumentos... o haciendo que sean los protagonistas en el aula. Pero, claro está, esto conlleva mucho trabajo. Un trabajo, no obstante, que podría ser muy enriquecedor por cuanto de interdisciplinar tiene. Así, por ejemplo, montar una obra de teatro griego supondría la fabricación de las máscaras, la explicación de su función religiosa, análisis y estudio del texto, e incluso la posibilidad de poner música. Amén del vestuario y diversas explicaciones sobre la cultura griega y su incidencia en el mundo actual. Todo podría correr a cargo de los alumnos, ayudados por los distintos profesores.

En una obra de teatro griega, debido a la presencia del coro, se puede incluso meter a toda la clase, estamos hablando de clases de 25 o más alumnos. Y debido a las máscaras, muchos de ellos, tímidos, se atreven a salir por cuanto nadie los va a ver. Por otra parte a los alumnos, a la inmensa mayoría, les encanta "disfrazarse" de griegos y asumir el papel de un rey, por mucho que éste sea el mismo Edipo. Hay que contar con ello para sacar la obra hacia delante, y para que se estudien el papel y lo

comprendan. Cualquier cosa, en ese momento, que se explique sobre los griegos y su civilización caerá como la semilla en una tierra fértil y feraz acabada de labrar.

Sería deseable, por supuesto, tener una cierta continuidad con el grupo con el que se ha comenzado a trabajar a fin de superar los límites del teatro griego e ir, conforme avanzan los cursos, avanzando en la historia del teatro. Y cada nuevo paso, supondría el estudio de una nueva época. Siempre haciendo un claro esfuerzo porque el montaje de la obra supusiera un trabajo interdisciplinar.

De esta forma, no sólo llegarían a conocer diversas etapas de la historia, sino, y lo que es muy importante, las representarían, las vivirían ellos. Sin olvidar que tendrían que hacer ejercicios de vocalización, expresión corporal, etc. Cosas todas que les van a proporcionar una cierta soltura a la hora de desenvolverse en la vida.

Igualmente el teatro enseña el arte de la conversación: cuando habla Romeo no lo debe hacer Julieta, pues de hablar todos al mismo tiempo no se entiende nada.

VI

Por supuesto que nada de esto se va a llevar a la práctica. Y téngase en cuenta que se puede hacer gobierne quien lo haga, y pongan o quiten este sistema educativo o el otro. Es más fácil, como se ha dicho antes, comprar un ordenador, que, luego, no se sabe para qué sirve. Porque en este mundo tan interconectado va una persona, en los tiempos actuales, a cualquier banco, llenos de ordenadores y pantallas, cables y más cables, a hacer una transferencia, y le dicen lo que le contestaron al amigo de Larra allá por el cercano siglo XIX: "vuelva usted mañana". Hay señoras, y España es una de ellas, para las que no pasa el tiempo.

Dice Warner Jaeger en su libro *Paideia* que "la educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual". Y la mala educación, parafraseando a Jaeger, sería mentir, decir unas cosas y hacer las contrarias, con lo cual no transmitimos sino cascarones vacíos, mentiras, falsedades e hipocresías.

Y sí, hablamos del Descubrimiento, de Lope de Vega, de la importancia de esto y de aquello, de todo; pero los teatros permanecen vacíos en tanto se llenan las plazas de toros cuando se celebran combates de lucha libre. La gente, indolente para ir a comprar un libro, que piden prestado al profesor, es capaz de pasar una noche, y las que hagan falta, sin dormir para obtener una entrada y ver un partido de fútbol. Es esta una sociedad eminentemente hipócrita y falsa. Y esos valores son los que se están transmitiendo a las generaciones que vienen detrás.

Estamos fabricando, pues, el ser perfectamente neurótico: en el colegio no puede tener faltas de ortografía; pero puede escribir luego en un periódico y hacerlo como Dios le dé a entender. Irá una vez en su vida al teatro porque es estudiante, y de la mano de algún absurdo profesor; luego su padre lo llevará al fútbol o a un combate o carrera de cuadrigas, y reconocerá que lo anterior era un perfecto rollo. En clase deberá comportarse con educación y respeto, pero si se hace político, ya tendrá las Cortes o el Parlamento para vociferar y hacer el burro todo cuanto quiera y un poco más.

En las aulas, pues, le sangra a uno el corazón cuando recuerda la vieja enseñanza de Séneca: *docentes alios mentiri non debent*, los que enseñan a otros no deben mentir. Claro, así terminó Séneca. Como Sócrates. Son ejemplos que nunca se deben perder de vista. Y saber que toda acción humana siempre va acompañada de riesgo. Ambos jugaron fuerte por una educación. Lo pagaron con su vida, pero no perdieron. Hoy en día sigue valiendo la pena intentarlo. Y es relativamente fácil: se puede hacer montando obras de teatro. Haciendo que los alumnos se sepan protagonistas. Así se les puede educar el sentido estético, el gusto por el trabajo bien hecho e, indirectamente, como una medicina dulcificada, se pueden explicar otras materias que les resultan un poco más áridas. Ahí es donde debemos incidir todos. El ordenador, muy moderno, sí, es una herramienta, no un fin en sí mismo. Y de la forma que se utiliza sirve de bien poco. Pero por inercia, vagancia y dejadez recurriremos a él. Y él será la meta de la modernidad y de la educación. *Vae victis!*